

y exhortando eficazmente a la enmienda de las costumbres, a la sincera penitencia y a la reforma de la vida cristiana. Preparados así los penitentes, hallaban a su disposición confesores extraordinarios, más aptos, mejor instruidos, provistos de facultades extraordinarias para absolverlos de toda clase de culpas: todo lo cual facilitaba la recepción digna de los Santos Sacramentos, primera condición para ganar el jubileo; a la cual se añadía la oración, el ayuno y otras buenas obras. Todo ello no podía menos de producir saludables y excelentes frutos en los pueblos sencillos y sinceramente creyentes de entonces, y un reflorecimiento general de vida religiosa, contribuyendo, además, indirectamente, al remedio de muchas necesidades y males temporales, y a la paz y tranquilidad de las naciones.

Las indulgencias así predicadas eran lo que deben ser: un gran beneficio de Dios, un tesoro de gracias para los particulares, una bendición para los pueblos y para la Iglesia.

Las sombras del cuadro.

Y así hubiese sido siempre, si estas magníficas ventajas no hubiesen quedado desvirtuadas algunas veces por los abusos, que el enemigo de Dios y la humana malicia habían, poco a poco, introducido.

Con demasiada insistencia, después de la Confesión y Comunión, se pedía a los fieles la limosna para los fines pios, y así esta contribución, que debía ser un mero accesorio de la obra, venía fácilmente a convertirse en el punto principal del jubileo. Al lado del celoso predicador, que removía las conciencias y procuraba santificar las muchedumbres, o detrás de él, marchaba el **colector** o **cuestor**, nada escrupuloso, más ansioso de llenar el cepillo y despachar **cédulas de indulgencias**, que de convertir almas; preocupado exclusivamente del negocio suyo, y de una multitud de empleados subalternos que trabajaban en esta obra lucrativa.

Y para decirlo todo, a veces los predicadores mismos, o los comisarios, se excedían, arrastrados inconscientemente por la codicia, o bien dando por ciertas, opiniones suyas, muy discutibles, cuando favorecían sus intentos de lucro; o mostrándose demasiado benignos en la concesión de las gracias, con tal de embolsar la apetecida limosna, hasta atraer el menosprecio de los fieles sobre los tesoros religiosos que tan mal administraban.